

ALBERT MATHIEZ

Los orígenes de los cultos revolucionarios (1789-1792)

Edición de Francisco Javier Ramón Solans
Prólogo de Pierre Serna



ÍNDICE

CUANDO LA OBRA DE MATHIEZ OCULTA... SU OBRA MAESTRA

ESTUDIO PRELIMINAR

1. Un historiador jacobino	XXV
1.1. Los años de juventud, «un temperamento provincial»	XXV
1.2. La querrela Mathiez-Aulard: el combate de Robespierre contra Danton	XXX
1.3. La Primera Guerra Mundial. Del patriotismo a la Revolución	XXXVI
1.4. Los años finales. El desencanto comunista y el ascenso a la Sorbona	XXXIX
2. Los orígenes de los cultos revolucionarios.....	XLIII
2.1. El contexto historiográfico de la obra y su primera recepción.....	XLIII
2.2. Análisis de la obra	LII
2.3. Un antepasado desconocido, un clásico olvidado: la actualidad de la obra de Mathiez.....	LIV
2.4. Notas a esta edición	LXIV
Bibliografía	LXVII

LOS ORÍGENES DE LOS CULTOS REVOLUCIONARIOS (1789-1792)

Advertencia	5
-------------------	---

PRIMERA PARTE. LA RELIGIÓN REVOLUCIONARIA

I.....	9
El punto de vista negativo en el estudio de los cultos revolucionarios	9

Los historiadores liberales.....	9
Los historiadores católicos.....	12
II.....	13
Características del hecho religioso. Definición de Dur-	
kheim.....	13
Otras características del hecho religioso.....	15
III.....	16
De la existencia de una religión revolucionaria.....	16
IV.....	17
El Credo común de los revolucionarios. Su origen en la	
filosofía del siglo XVIII.....	17
Oposición del ideal filosófico y del ideal cristiano.....	18
La concepción del Estado en los filósofos.....	19
La religión civil de Rousseau.....	20
V.....	23
La fe revolucionaria, sus primeras manifestaciones.....	23
El legislador, sacerdote de la felicidad social.....	24
La Declaración de Derechos.....	24
La nueva fe provoca inquietud en el clero.....	28
VI.....	28
Carácter religioso de la nueva fe.....	28
Origen espontáneo del juramento cívico.....	29
Continuidad de la fe revolucionaria.....	30
VII.....	33
El simbolismo revolucionario.....	33
La escarapela.....	33
Altares de la Patria.....	34
Árboles de la Libertad.....	36
Otros símbolos.....	38
VIII.....	39
El fanatismo revolucionario.....	39
IX.....	43
Las prácticas, las ceremonias.....	43
Las Federaciones.....	44
X.....	51
Fiestas cívicas.....	51
Fiestas conmemorativas. El 20 de junio.....	52

El 14 de julio	54
El 4 de agosto.....	56
Fiestas políticas.....	57
Las Fiestas de los benefactores y de los mártires de la Libertad. Exequias.....	58
Desilles.....	59
Mirabeau	60
Voltaire	60
La Guardia Suiza de Châteauevieux.....	61
Simoneau	62
Cerutti.....	63
Gouvion.....	64
Fiestas morales.....	64
XI.....	65
Las oraciones y los cantos patrióticos. La influencia del teatro.....	65
Conclusión.....	68

SEGUNDA PARTE. ¿CÓMO SE OPERA LA RUPTURA
ENTRE LA ANTIGUA Y LA NUEVA RELIGIÓN?

Capítulo primero. El movimiento anticlerical durante la Asamblea Constituyente	71
I.....	71
Los patriotas y la reforma del catolicismo.....	71
La Constitución civil.....	72
II.....	74
Los curas reformistas y la cuestión del matrimonio de los sacerdotes.....	74
La Feuille Villageoise	76
III.....	78
La campaña anticlerical.....	78
Anarcharis Cloots y la separación de la Iglesia y del Estado	79
Naigeon	80
Sylvain Maréchal y el Culto doméstico.....	81
El Magistrado-Sacerdote.....	82

Los panfletos anticlericales.....	83
El movimiento anticlerical inquieta a los Jacobinos.....	85
IV.....	85
La Religión de la Patria considerada como un complemento de la Constitución civil.....	85
Mirabeau y las fiestas nacionales.....	87
Talleyrand	90
Conclusión.....	90
Capítulo segundo. El movimiento anticlerical durante la Asamblea Legislativa.....	93
I.....	93
Octubre-diciembre de 1791	93
Godefroy	94
Un anónimo.....	96
André Chénier.....	96
II.....	97
Discusión sobre los sacerdotes en la Legislativa	97
El discurso de Isnard del 14 de noviembre.....	104
El proyecto de François de Neufchâteau.....	107
III.....	111
Los resultados. La propaganda cívica.....	111
Los folletos patrióticos	112
Las conferencias populares	113
Lanthenas y las sociedades populares	115
Los propagandistas de la Razón	117
IV.....	118
División entre los Jacobinos: Pierre Manuel y Robespierre.....	118
Robespierre y Guadet	121
V.....	123
Progreso de las ideas filosóficas.....	123
El Corpus Christi en París en 1792.....	124
VI.....	130
Los proyectos de fiestas cívicas durante la Legislativa... ..	130
De Moÿ	130
El informe de un francés (de Nantes) del 26 de abril de 1792.....	136

ÍNDICE	175
Nuevo debate sobre los refractarios	138
El Comité de Instrucción Pública y de Propaganda Cívica. Condorcet	140
Proyectos de fiestas cívicas provenientes de simples particulares	142
Proyecto de Gohier sobre el estado civil.....	145
El decreto del 20 de septiembre de 1792	147
VII.....	148
El 10 de agosto y la descristianización	148
La situación al final de la Legislativa	151
Conclusión.....	155
Bibliografía.....	157
Fuentes primarias.....	157
Fuentes secundarias	161
Índice onomástico.....	165

EXISTEN DOS ALBERT MATHIEZ: uno anterior a 1917 y otro posterior a la Revolución de Octubre. Por razones estrechamente vinculadas a la historiografía francesa de la Revolución y a la historia de las revoluciones del siglo xx, solo el segundo Mathiez ha sido recordado. Así, el historiador del coste de la vida y del movimiento social *sans-culotte* y *cordelier*, el historiador de Robespierre contra Danton, el erudito del Terror, el justiciero contra la corrupción durante el gobierno de la Virtud, el severo juez de los termidorianos y su reacción, el infatigable narrador de la Revolución, el incansable cronista del periódico *L'Humanité*, órgano del partido comunista desde 1921, se construyó una reputación de irreductible defensor del Incorruptible, de irascible abogado del Terror y su Comité de Salud Pública, y de despreciar sin descanso a la República burguesa.

Con la Revolución de 1917, la historia del mundo y del siglo xx basculan hacia una historia que cosifica por primera vez la clave interpretativa del marxismo fundada en la lucha de clases. La toma de conciencia de los dirigentes del movimiento obrero debe conducir, en primer lugar, a la emancipación de la gran mayoría que compone la masa proletaria. Más tarde, en un segundo momento, al levantamiento revolucionario y al derrocamiento del mundo antiguo, paso previo a la llegada de una dictadura del proletariado, que a su vez prepararía el advenimiento de un Estado comunista. Antes de alcanzar el estadio de la revolución en marcha, el conocimiento de los procesos de dominación y su estudio en el pasado se convertía en algo esencial para comprender la marcha de la historia, profundamente estructurada por el determinismo de

la construcción de las relaciones sociales, basadas a su vez en las condiciones de producción que explican la infraestructura económica en una sociedad dada.

Albert Mathiez, pensador rebelde y libre donde los haya, adoptó los fundamentos comunistas de esta representación del mundo, sin verse sometido a las directrices de una línea partidista, aunque finalmente fuera estigmatizado por el poder estalinista. De ello hizo su política, que supo elevar al rango de combate, consolidándola gracias a una inmensa erudición y una infatigable labor en los Archivos Nacionales y en la Biblioteca Nacional. Fue un trabajador tenaz, un formidable defensor de su causa, en guerra perpetua contra los moderados, los ignorantes, los fingidos eruditos, el orden burgués y también contra la aplastante mayoría de sus colegas historiadores, con los que mantuvo tan pésima relación universitaria que —contrariamente a lo que creen numerosos historiadores— no pudo suceder en la Sorbona a Alphonse Aulard, jubilado en 1923, a pesar de que su dimensión científica se lo permitía. No pudo acceder «más que» a la suplencia de este puesto a partir de 1926, cuando el disciplinado alumno, Philippe Sagnac, después de suceder a su maestro, pasó a dirigir la casa francesa de El Cairo. Con la fogosidad que le caracterizaba y aquel arrebatado que le hacía temible a sus adversarios, impartió sus lecciones en la Sorbona hasta la extenuación aquella mañana de febrero de 1932 en que, en pleno anfiteatro, falló su corazón.

Mathiez se apagó a los 58 años, tal como había vivido, combatiendo por y con la Revolución francesa, abatido por una crisis cardíaca, soldado en primera línea de la batalla por los ideales de la revolución. Él mismo, hijo de un mesonero-cabaretero, encarnaba a las nuevas elites republicanas formadas en las escuelas de la patria, por la Escuela Normal Superior y la universidad republicana. Mathiez había vivido representándose a sí mismo como un historiador intransigente, implacable, riguroso hasta el exceso, erudito sin falla, autor de una obra inmensa que todavía hoy en día es revisitada. La obra que había compuesto tras 1917, pero sobre todo a partir de 1920, después de su adhesión al partido comunista constituía

una superposición, llamada a convertirse en un problema en el futuro, entre la Revolución francesa y la Revolución rusa.

¿Y el Mathiez anterior a 1917? ¿Quién era? ¿Quién lo recuerda todavía?¹ Este otro Mathiez esconde un Mathiez cuya lectura nos ofrece Francisco Javier Ramón de la manera más juiciosa y afortunada. Las páginas de Mathiez, soberbiamente introducidas por este joven historiador de la Universidad de Zaragoza, lo demuestran bien: la *obra* de Mathiez ha ocultado durante mucho tiempo la *obra maestra* de su juventud y de su primera madurez, y quizás de toda su vida: su trabajo sobre la religión, su tesis sobre la invención de los cultos republicanos, su primer gran estudio sobre la descristianización, sus trabajos sobre el culto a la Razón, sus investigaciones sobre la invención del Ser Supremo y sus todavía justas observaciones sobre la religión teofilantrópica. El historiador de lo religioso dispone con sus trabajos de un material excepcional para comprender la fulgurante intuición de la juventud de Mathiez. La religión y sus intereses políticos, ideológicos y sociales son seguramente tan importantes para comprender un mundo, una sociedad o un tiempo histórico como las condiciones económicas y sociales de organización de un espacio en un momento dado de su historia. Mathiez comenzaba de manera genial por el final de la demostración marxista: describía la superestructura ideológica, el hecho religioso como tejido social, como vínculo y cimiento de las sociedades, como fundamento de lo político, elementos que, según su modo de ver las cosas antes de 1917, resultaban ser elementos tan estructurantes de lo real como lo económico y lo social.

Y el joven Mathiez, para mí y como demuestra a su vez de manera notable Francisco Javier Ramón Solans en su introducción, tenía razón. El joven Mathiez, al defender su tesis sobre los orígenes de los cultos revolucionarios, mostraba una intuición fulminante a la hora de aplicar las hipótesis de la

1 James Friguglietti, *Albert Mathiez, historien révolutionnaire, 1874-1932*, París, Société des Études Robespierriennes, 1974.

sociología durkheimiana a una historia en vías de regeneración en aquel fin del siglo XIX y comienzos del XX.² El joven *normalien*, alumno de Alphonse Aulard, admirador de Jean Jaurès y de su historia socialista, exploraba una vía de una novedad y de una modernidad asombrosas en el campo de los estudios revolucionarios: cómo aplicar las reglas de la naciente sociología a la historia centenaria de la Revolución francesa, para darle un nuevo sentido y para transformarla literalmente en una sociodicea de lo político y de la religión, dos mundos refundidos en la invención de un nuevo régimen a partir de 1789. De manera fulgurante, Mathiez, único historiador de su generación en comprender verdaderamente lo que Durkheim aportaba al campo de las ciencias históricas, escribía la historia del asedio, por parte de la política reinventada tras 1789, de todo el espacio religioso, y cómo fue reconducido al campo de la estructura laica para «sacralizar» mejor aquella República naciente. (Cf. Albert Mathiez, *Les origines des cultes révolutionnaires (1789-1792)*, París, Société Nouvelle de Librairie et d'édition, 1904; y Albert Mathiez, *Contribution à l'histoire religieuse de la Révolution Française*, París, F. Alcan, 1907).³

La política es religión. La religión es política. De esta fusión nace lo social, la racionalidad de su modo de funcionamiento y, más aún, la legitimidad de su proceso de reproducción. Ambos mundos, político y religioso, son construcciones que la ciencia sociológica, en aquel fin del siglo XIX y comienzos del XX, permite analizar no como una oposición estructurada en blancos y rojos, o partidarios de la república y sus oponentes anti- o contrarrevolucionarios, sino como una fusión que nadie percibió mejor que Mathiez al describir los fundamen-

2 Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt (dirs.), *Historiographies. Concepts et débats*, París, Gallimard, 2010, 2 vols.

3 Cf. Émile Durkheim, «De la définition des phénomènes religieux», *Année sociologique* (1898), pp. 1-28; una huella de este diálogo, en Émile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse: le système totémique en Australie*, París, Félix Alcan, 1912, p. 306.

tos religiosos del nuevo régimen y descifrar las raíces sagradas de la República. La emoción, la creencia, el compartir, la comunión y la fusión se convertían en objeto de historia que, lejos de pertenecer al mundo antiguo de la monarquía como esencia de la divinidad, representaban los pilares de un mundo revolucionado y nuevo. La fe política y su construcción entre 1789 y 1799 se imponían como útiles indispensables para la comprensión de la modernidad. La religión se volvía revolucionaria bajo la pluma de Mathiez. Refundada, refundida, la religión y los cultos revolucionarios y republicanos se encontraban en el centro de la invención de un mundo nuevo, en el origen mismo del proceso de estabilización del nuevo régimen: la República. (Cf. Albert Mathiez, *La Théophilantropie et le culte décadaire. Essai sur l'histoire religieuse de la révolution 1796-1801*, París, F. Alcan, 1904).

La revolución era un apocalipsis y los cultos inventados, el fundamento de una nueva religión para un nuevo mundo, la plataforma de una política que hacía de la razón, de la creencia en un Ser Supremo, el vínculo social de una sociedad regenerada, inventando el futuro. (Cf. Albert Mathiez, *La révolution et l'Église: études critiques et documentaires*, París, Armand Colin, 1910 ; y Albert Mathiez, «Robespierre et le culte de l'Être suprême», *Annales révolutionnaires*, 1910).

Pero ¿quién comprendió a Mathiez cuando sostuvo su tesis en la Sorbona en 1904, en pleno ambiente anticlerical, en la efervescencia del debate que preparaba la separación del Estado y las Iglesias, votada en 1905 pero largamente discutida anteriormente? Seguramente, no su tribunal de doctorado, durante una defensa muy tumultuosa en la que el joven Mathiez, colmado ya entonces de fogosidad, osó oponerse a sus lectores, visiblemente sobrepasados por la novedad de sus propuestas.⁴ Es posible que tampoco su maestro, el buen

4 James Friguglietti, «La querelle Mathiez-Aulard et les origines de la Société des études robespierristes», *Annales historiques de la Révolution française*, n.º 353 (2008), pp. 63-94.

burgués y radical-socialista Alphonse Aulard, que a diferencia de su alumno estaba imbuido por la vena militante anticlerical de los padres fundadores de la Tercera República, que rechazaban categóricamente la idea de una sacralidad de la política en nombre del fundamento racional, materialista e ilustrado de la República que un Danton debía encarnar en contra de Robespierre. El resto de jóvenes historiadores de su época no lo entendieron mejor, comenzando por el que se convertiría en su sucesor en los *Annales historiques de la Révolution française*, Georges Lefebvre, que nunca se aventuró en el terreno de lo religioso, aunque, cuando en 1932 publicó *El Gran Miedo*, reconoció la aportación de la sociología en la creación de la historia de las mentalidades y su contribución a la historia de las masas. En el campo de los estudios revolucionarios nadie comprendió realmente a Albert Mathiez y su tesis radicalmente nueva, una tesis que acababa de crear un paradigma historiográfico transformando el sentido de la revolución y la manera de escribirla.

Mathiez permanecía en solitario con este texto incandescente. Nadie se aventuraba a adentrarse en el espacio que acababa de abrir. Incluso él mismo, al no formar específicamente a sus alumnos en esta parte de su trabajo. ¿Fue un fenómeno generacional? ¿Se había adelantado a su tiempo? Pero, me atrevería a preguntar, ¿quién fue capaz de comprenderle después?... Bernard Plongeron situó en el centro de su trabajo la dimensión religiosa del gesto revolucionario. Michel Vovelle, al refundar la historia del hecho religioso en el siglo XVIII y repensar las condiciones de la descristianización, siguió un sendero escarpado por un camino diferente. Timothy Tackett se centró en las causas del cisma producido por la Constitución civil del clero. Ambos profundizaron explícitamente en el trabajo de Mathiez sobre los curas casados.

Afortunadamente, los trabajos de Francisco Javier Ramón Solans vienen a subsanar este déficit historiográfico. En lo sucesivo, la tesis del joven doctor se impondrá como un hito-testigo en esta rara corporación de historiadores que saben pensar lo religioso con la política, la política en la religión y la

religión que se oculta en la apariencia política. Desde mi punto de vista, más allá de los Pirineos, se dan las mejores condiciones posibles para pensar esta doble dimensión material y espiritual en un centro de investigación histórica como la Universidad de Zaragoza, una ciudad en la que se conoce la mezcla de géneros, la fusión explosiva de lo religioso y de lo político... Los descendientes «gabachos» de los soldados de la *Grande Armée* saben de lo que hablo... Y la memoria de 1809, reavivada recientemente, nos dice que seguramente no resulta azaroso que historiadores como Pedro Rújula y su alumno, Francisco Javier Ramón Solans, sean actores importantes en la renovación de los estudios sobre el hecho religioso y su impacto en las conmociones políticas de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

En un momento en el que en Francia el trabajo de mitificación de Mathiez con la edición hagiográfica de sus obras posteriores a 1917 es, sin gran distancia crítica y constructiva, la norma, el trabajo del historiador Francisco Javier Ramón Solans debe ser subrayado y considerado como lo que es: una notable iniciativa para dar a conocer al público español lo que es para mí un texto meteórico de la historiografía de la Revolución francesa que, por la amplitud de su reflexión, sobrepasa el simple marco de la historia de Francia para plantear los fundamentos de una ciencia nueva entre sociología e historia, nacida hace más de cien años pero que todavía permanece sin explorar.

En el fondo, Francisco Javier Ramón Solans lleva a cabo un auténtico trabajo de historiador al hacer justicia a Mathiez, quien probablemente fue el mayor responsable de su relativo olvido historiográfico. Es, en efecto, Mathiez el que finalmente cambia y se desvía para abordar de frente, es comprensible, los acontecimientos de 1917, transformándose de historiador-sociólogo de los fundamentos de las sociedades democráticas y republicanas en historiador comprometido con la causa socioeconómica de las revoluciones. Mathiez fue un gran historiador, pero podría haberse convertido en un historiador excepcional si hubiera conservado la potente inventiva, la

intuición genial, la fuerza imaginativa y la energía creativa que le guiaron cuando se concentró en las condiciones religiosas del nacimiento de la República...

Gracias al trabajo y a la traducción de Francisco Javier Ramón Solans, disponemos de una herramienta para estudiar y comprender esta parte oculta de la obra de Mathiez, seguramente la más potente intelectualmente hablando, aquella que piensa y nos permite ver una de las claves de la modernidad nunca bien comprendida: la historia de lo religioso y de lo político en los cimientos de las diferentes sociedades.

Aquí está la obra maestra de Mathiez. La buena introducción que la precede y su traducción al español permite hoy pensar en ella y apreciar la novedad de una tesis cuya lectura nos ofrece Francisco Javier Ramón Solans. Se impone que este valioso trabajo, tras ser tomado en consideración por los lectores españoles y recibir los elogios que merece, atraviese los Pirineos...

Pierre SERNA

Catedrático de Historia de la Revolución francesa
de Paris I Panthéon-Sorbonne
y director del Institut d'histoire
de la Révolution française

Orleans, diciembre de 2012